

¿Qué es un curso de retiro?

No pensemos sólo en la conversión de un pecador, que decide abrirse a la gracia, pasando de la muerte espiritual a la Vida con mayúscula. Son también cambios cotidianos los que llevan a una mujer o a un hombre cristiano a aproximarse más a Dios, a participar con mayor intensidad de la vida de Cristo mediante la frecuencia de sacramentos, a cultivar el espíritu de oración, a ponerse al servicio concreto y efectivo del bien espiritual y material de los demás. Como explica Benedicto XVI, **conversión es ir contracorriente, donde la "corriente" es el estilo de vida superficial, incoherente e ilusorio que a menudo nos arrastra, nos domina y nos hace esclavos del mal o, en cualquier caso, prisioneros de la mediocridad moral. Con la conversión, en cambio, aspiramos a la medida alta de la vida cristiana, nos adherimos al Evangelio vivo y personal, que es Jesucristo [6].**

En la Iglesia, el Señor nos ha concedido muchos caminos, muchos modos de impulsar las sucesivas conversiones personales, tan necesarias en la existencia cristiana. Recordemos, con palabras de San Josemaría, que esas mudanzas espirituales han de efectuarse perseverantemente, e incluso muchas veces a lo largo de una misma jornada: **¿Recomenzar? ¡Sí!: cada vez que haces un acto de contrición —y a diario deberíamos hacer muchos—, recomienzas, porque das a Dios un nuevo amor [7].** ¿Pensamos con frecuencia que Dios nos espera en ese instante? ¿Nos detenemos a razonar: qué quieres, Señor, de mí? ¿Nos mueve el afán de acercarnos más y más a Jesucristo?

Sin embargo, deseo referirme ahora a algunos modos específicos de reencaminarse hacia la amistad con la Trinidad Santísima: los cursos de retiro espiritual, que en muchos sitios se incrementan durante la Cuaresma. Como resulta evidente, no se nos ofrecen exclusivamente en estas semanas; pero la liturgia del tiempo, con su urgente llamada a la mudanza de vida, invita a muchos cristianos a asistir en estas fechas a alguna de esas actividades. Lo mismo cabe decir de los retiros mensuales, que ocupan un lugar importante entre los medios de formación espiritual que la Prelatura facilita a millares de personas en el mundo entero.

San Josemaría hacía observar que esta práctica espiritual es algo común en la Iglesia desde los primeros siglos: siempre que una persona buscaba prepararse para una misión, o, simplemente, notaba la urgencia de corresponder con mayor entrega a los toques de la gracia, procuraba intensificar su trato con el Señor. **Retiros los hacían ya los primeros cristianos. Después de la Ascensión de Cristo al Cielo encontramos a los Apóstoles y a un grupo numeroso de fieles reunidos dentro del Cenáculo, en compañía de la Virgen Santísima, esperando la efusión del Paráclito que Jesús les había prometido. Allí los halla el Espíritu Santo perseverantes unanimiter in oratione (Hch 1, 14), metidos en la oración. De igual modo se comportaron aquellas almas que en la primitiva cristiandad, sin apartarse de la vida de los otros, se entregaban a Dios en sus casas; y los anacoretas que marchaban a los desiertos, para dedicarse en soledad al trato con Dios... ¡y al trabajo! (...). Todos los cristianos que**

se han preocupado sinceramente por su alma, han hecho de un modo u otro sus retiros. Porque se trata de una práctica cristiana [8].

Desde los primeros años de la Obra, nuestro Fundador concedió gran importancia a esos tiempos dedicados exclusivamente a la oración y al examen, que resultan muy necesarios para mantener vibrante la vida interior. **¿Qué haremos tú y yo en estos días de retiro?** , se preguntaba en una ocasión; y respondía: **tratar mucho al Señor, buscarle, como Pedro, para mantener una conversación íntima con Él. Fíjate bien que digo conversación: diálogo de dos, cara a cara, sin esconderse en el anonimato. Necesitamos de esa oración personal, de esa intimidad, de ese trato directo con Dios Nuestro Señor [9].**

En el comienzo de su Pontificado, Benedicto XVI volvía a recomendar los días de retiro espiritual, **particularmente los que se hacen en completo silencio [10].** Y en el tradicional Mensaje para la Cuaresma de este año, refiriéndose al Evangelio del segundo domingo, el de la Transfiguración del Señor, insiste: **es la invitación a alejarse del ruido de la vida diaria para sumergirse en la presencia de Dios: Él quiere transmitirnos, cada día, una palabra que penetra en las profundidades de nuestro espíritu, donde discierne el bien y el mal (cfr. Hb 4, 12) y fortalece la voluntad de seguir al Señor [11].**

Para sacar fruto de estos medios **de formación y transformación** , como nuestro Padre los definía, es preciso recoger los sentidos y las potencias; sin esta tarea resulta muy difícil —por no decir imposible— descubrir las luces que el Paráclito enciende en el alma y escuchar su voz, que nos sugiere puntos de lucha concretos para seguir de cerca a Jesucristo y caminar a su paso.